

Malena no volvió a Patio de Tango el domingo por la noche. Roberto seguía inhallable, así que el lunes antes de abrir decidimos con el jefe de cocina que al menos hasta su regreso contrataríamos a otra mesera - en lo posible una chava mexicana y no alguna turista porteña. La prima de uno de los empleados estaba sin trabajo y tenía experiencia en restaurantes, y a las nueve de la noche, después de un curso acelerado de comida argentina que duró cinco minutos, ya tomaba pedidos. En contra de lo que pensaba Roberto, y de lo que yo mismo hubiera dicho semanas atrás, no hubo demasiadas diferencias entre mi trabajo y el de esta mexicana que sabía tanto de Buenos Aires como yo de la China: no confundió los pedidos, no hizo recomendaciones absurdas de comida, nadie se quejó por su acento yucateco ni añoró las falsas anécdotas argentinas. Comenzamos a preocuparnos por la ausencia de Roberto, que tampoco se comunicó aquella noche, en especial porque ninguno de los que quedábamos en el restaurante estaba autorizado para manejar las cuentas del banco o para actuar en nombre de la empresa. Si bien él había firmado permisos para que manejáramos las cuestiones más urgentes mientras no estuviera, no nos había preparado para una ausencia tan prolongada. Apenas si podíamos hacer pedidos a los proveedores, pagar impuestos, meter dinero en la caja registradora y, al final del día, guardarlo en la caja fuerte de la oficina: a fin de mes (mucho después de la fecha en que Roberto supuestamente volvería, pero supuestamente también nos llamaría tres veces por semana y así estábamos) habría que pagar sueldos, renovar algunos contratos, presentar impuestos y habilitaciones, y nada de eso podríamos hacer.

Carmen preparaba unos exámenes con amigas, y fui directo a su casa a prepararles café. Había llevado unos textos de la facultad para estudiar yo también, pero apenas si llegué a poner el agua al fuego y sacar los libros de mi bolso antes de quedarme dormido en el sillón. Nunca recuerdo mis sueños, pero cuando Carmen me condujo hasta su dormitorio para que siguiera durmiendo en la cama, una persona muy alta que tenía a la vez las caras de Malena, de Roberto y de mi padre se alejaba sonriente por un pasillo o un andén, sin equipaje, sin saludar. Demoré en recuperar el sueño, y en ese tiempo leí las pocas páginas que me faltaban de *El Beso de la Mujer Araña*, que ponían una vez más en duda quién era en verdad el héroe: Molina tiene la muerte de un revolucionario, Valentín se apaga mientras se relata a sí mismo una última película. Si Puig había escrito esta novela desde México el mensaje era doble: hablaba del héroe argentino pero también del machote mexicano que se contradice en sus propios íconos, en la figura del toreador vestido como una bailarina, en el mariachi adornado como una modelo de pasarela, en el hombre que es amo de todo pero esclavo de la bebida y de su propia leyenda. Si todo es su contrario, si los nombres son también máscaras, entonces las cosas nunca fueron tan simples - también son máscaras México y Argentina, también lo son el exilio y el hogar, y también es una máscara ser argentino o mexicano. Es una máscara estar en Buenos Aires o en DF cuando en realidad, donde sea que te encuentres, no estás en ningún lado.

Mientras, en la sala, Carmen y sus compañeras intentaban memorizar la forma exacta en que el cuerpo vive, muere y se defiende, yo me dormía segundos antes de entender algo, demasiado temprano para saber y demasiado tarde para fingir que no había comprendido.

A la mañana siguiente, en la facultad, me encontré con Julieta, que había pedido el día en el trabajo para estudiar. Almorzamos juntos e inevitablemente hablamos de nuestro padre. A ella le daba lo mismo viajar o no: nada perdía, nada ganaba con la visita a una ciudad que ella apenas podía recordar. Todo se reducía a las ganas o a la necesidad de ver a nuestro padre y, al menos en teoría, cuando tu padre te necesita debes ir. Si para mí fuera tan fácil no estaríamos hablando de esto sino comprando pasajes, dije. "Y es que no es tan fácil, Ernesto, ni así como te lo digo es tan fácil". Siguieron las preguntas: qué significa para nuestro padre este viaje, qué significa tenernos junto a él, qué cosas se perdonarían o no se perdonarían en el hospital. Y cuántas de esas cosas querriamos perdonar, de qué forma plantearle su abandono, que no haya estado en ninguno de los momentos en que lo necesitamos, cómo decirle que un llamado cada mes y tres encuentros en poco menos de veinte años nunca fueron suficiente. Y por qué insistir con eso si ya no se podía deshacer ni reconstruir, para qué hacer reproches demasiado tarde. Pero, por otra parte, cómo no acompañarlo, qué hacer en DF mientras sabíamos que él agonizaba, cuándo llorarlo, dónde poner todas las cosas que nos perdíamos de darle, cuándo decir lo que, en caso de no viajar, no diríamos nunca.

Y en eso nos quedamos, en las preguntas. Las opciones eran dos, pero los factores eran demasiados como para agotarlos en un almuerzo. Alcanzó con enumerar ciertas cosas, con saber que estábamos del mismo lado. A mí me pesaban además el país, la ciudad, las luces que a lo lejos van marcando mi retorno, pero cuando me despedí de Julieta para ir a mi clase de seminario y

Pablo Toledo

luego al restaurante no me quedó tan claro si en realidad no era todo el mismo desmadre, el mismo despadre.

En la contestadora del restaurante, un mensaje de Roberto: hagan lo que quieran, yo les mando los papeles que necesiten para manejar el boliche, no tengo idea de cuándo voy para allá pero seguro me quedo acá unos meses. Los cocineros, en pie de guerra, hablaban de vender todo lo que no estuviera atornillado al suelo para cobrarse la paga por despido que nunca llegaría, porque está claro que el restaurante está por poco que cerrado y este hijo de la chingada no piensa volver, dizque habrá dejado algunas deudas para escaparse así.

El resto de la semana se fue en pensar una respuesta para Roberto y esperar que él volviera a llamar. Junto con el jefe de cocina y la nueva mesera intentábamos convencer al resto del personal de que para funcionar no necesitábamos al dueño, pero en realidad ninguno de nosotros deseaba heredar un negocio o tenía habilidad para manejarlo. Para los clientes fue una semana difícil, ya que desde la cocina saboteaban con descaro nuestros esfuerzos: carnes crudas, achuras carbonizadas, excesos de sal, condimentos absurdos, postres ácidos, ensaladas agrias y pastas con salsas tan irreconocibles como intragables. Nos deshacíamos en disculpas en todas las mesas, y tras la puerta de la cocina llegábamos poco menos que a los golpes sin evitar que, veinte minutos más tarde, otro cliente nos llamara entre el vómito y la furia.

El viernes llegó por correo certificado una carpeta llena de papeles de parte de Roberto: poderes, permisos, números de cuentas bancarias, copias de formularios fiscales, una pequeña lista de teléfonos con anotaciones (carnes, vino, abogado, contador, amigo en la oficina de permisos) y una servilleta del Bar

La Paz con siete palabras: "Por ahora es de ustedes. Ya volveré". Llamamos al contador y al abogado, que acudieron de inmediato a explicarnos la situación. Ellos habían recibido de Roberto instrucciones breves pero precisas, y nuestros papeles las confirmaban: podíamos hacer cualquier cosa excepto cerrar o vender el restaurante, ellos dos eran los únicos que podían autorizar el despido o la contratación de personal, para el resto quedaba yo a cargo, y en mi reemplazo el jefe de cocina. Esa noche no abrimos, ocupados primero en comprender la situación, después en convencer a los empleados de que más perdíamos al irnos que al intentar recuperar los sueldos, y al fin, ya solo con el jefe de cocina y el contador, en planificar al menos el siguiente mes de trabajo.

Resulta que manejar un restaurante no es tan difícil una vez que ya estás instalado: cuando ya tienes el local, los proveedores, la habilitación, una clientela regular y los papeles en orden es como comprar comida para una casa, como ir al mercado todas las semanas. La única diferencia es la contabilidad, y para eso teníamos la suerte de que la nueva mesera, que en su antiguo trabajo ya se había encargado de la recaudación, sabía llevar las planillas de balance. El contador se comprometió a venir todas las semanas para controlar de cerca los números y avisarnos si algo empezaba a fallar. El abogado, antes de irse, se atrevió a sugerirnos que podríamos demandar a Roberto, que había al menos diez formas de que un buen abogado laboral o el mismo sindicato nos hiciese ganar dinero con esta situación y que su seguro servidor (por una modesta comisión, casi de favor) podía presentarnos a un colega con buenas conexiones. Agradecemos la oferta, que por el momento rechazamos. No es tan difícil llevar un restaurante, en todo caso es más fácil que un pleito, y con los cabrones que representaban a los abuelos de Manu ya tenía suficiente de abogados.

Volví a casa mucho más tarde que la hora de cierre, y me encerré en mi habitación. En la computadora la portada del diario Clarín en Internet, noticias que pasaban lejos, y la imagen de un pequeño sobre que titilaba para recordarme que en la casilla de Juan había cinco mensajes sin responder. Roberto estaría leyendo, en la versión impresa, los mismos títulos (No hay aumento para estatales, Multitudinaria manifestación de jubilados, Nuevas

exigencias del Fondo), pero no hay forma de saber lo que significaban para él, qué problemas, qué misterios, qué males incurables se resolverían en su pinche Buenos Aires al leer esos pinches títulos tan parecidos a los títulos de La Jornada, qué pinche milagro harían las pinches aguas del podrido Río de la Plata sucio como el sucio aire del DF, qué mugrosa recompensa porteña valía más que dejarnos varados en su ridículo rincón porteño en el DF.



La semana que siguió al viernes en que Roberto nos traspasara el restaurante fue caótica, aunque al momento de hacer el balance habíamos ganado dinero y seguíamos de una sola pieza. Los proveedores aprovecharon nuestra supuesta inexperiencia para acosarnos con nuevas listas de precios y absurdas condiciones de pago, pero con el consejo del contador logramos evitarlos - en México no existe la viveza criolla de la que tan orgullosos estaban mi padre y sus amigos, pero no por eso nadie va a dejar de tomar ventaja cada vez que pueda. Algunos clientes preguntaron por Roberto, y por lo que escuchamos en las conversaciones de las mesas la historia del "propietario que está de viaje en Buenos Aires" le hacía mejor al restaurante que la figura de un porteño melancólico, excedido de peso y apenas borracho sentado tras la caja registradora. Cuando pagamos las quincenas en término, con la promesa de un aumento para el mes siguiente, los empleados de la cocina dejaron de hablar de renuncias y reclamos al sindicato y el ambiente puertas adentro mejoró.

Carmen vino algunas noches a hacernos compañía, e incluso nos ayudó con el negocio. "Si dices algo de los regiomontanos y la lana te vuelves a tu casa solo, Tango Canción", me dijo después de habernos hecho ahorrar dinero gracias a unos amigos de su padre que manejaban una lavandería donde enviábamos los manteles. Lo cierto es que, al cruzar la puerta del restaurante que ya no era de Roberto y tampoco de mi pasado argentino, una barrera entre los dos terminó por disolverse: pasé más noches en su casa, donde mi ropa ameritó un cajón y las primeras peleas territoriales ("aquí no está tu madre para limpiar detrás de ti"; "si me hicieras más espacio no tendría que dejar mis

cosas en el suelo”), ofrecimos una cena para mis amigos el día de franco en el restaurante, y ya Lucas empezaba a buscarme en el teléfono de Carmen antes que en casa de mi madre.

Ni mi madre ni Julieta dijeron nada, en parte por diplomacia, en parte por aquello de que esa chica es buena influencia para ti, fijate como ya no estás todo el día escuchando tangos. Pero Manu sí me reclamaba. Me escapé de la facultad para buscarlo a la salida de la escuela y fuimos juntos al cine a ver una película de acción - la clase de películas que con mi madre no vería nunca y que yo no conocí hasta que el padre de Manu decidió llevarme. Hablamos de sus abuelos, que en la reunión en el bufete le habían dicho a la cara que no querían verlo más, que no pensaban dejar un centavo para un bastardo mal nacido, que él no merecía llevar su mismo apellido sólo porque su padre había preñado a la mujer equivocada: según nuestro abogado eso jugaría a nuestro favor en el juicio, pero hay cosas que no se compensan con dinero ni con nada. "Al cabo que todo este pleito es por un nombre que yo no pedí, Ernesto - no lo pedí y no lo quiero, pero es mío y no de ellos. Yo sé quien soy, y no necesito el permiso de un juez o de mis abuelos o de nadie". Difícil explicarle lo que yo no me explicaba, la raíz del orgullo, la ceguera de ver lo que no es y pretender que las cosas se ajusten a eso. Intenté comenzar de alguna forma, hasta que entendí que en realidad el mejor ejemplo era el mío: sería como desperdiciar tan lejos las contadas horas de mi padre en un hospital y actuar como si el tiempo no corriese. Decidí callar.